

MANUEL ALVAR

ISLAS AFORTUNADAS

EDICIONES DEL EXCMO. CA-
BILDO INSULAR DE
GRAN CANA-
RIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

★

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO
INSULAR DE GRAN CANARIA

Casa-Museo de Colón
Colón, 1 - Las Palmas

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado.)
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado.)
3. Fernando González: *Poemas elegidas*. (Publicado.)
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en*

**BIBLIOTECA
MANUEL
HERNÁNDEZ**

X

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(Comisión de Educación y Cultura)



I
LENGUA Y LITERATURA

(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas)

MANUEL ALVAR

ISLAS AFORTUNADAS

1975

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>2552</u>
N.º Copia <u>471199</u>

© Manuel Alvar.
Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.
Realización: Editorial La Muralla.
Constancia, 33. Madrid-2.
ISBN: 84-7133-138-1.
Depósito legal: M. 21439-1975.
Imprime: Eosgraf, S. A. - Dolores, 9. Madrid-29.

*A todos mis informantes
de las ocho islas*

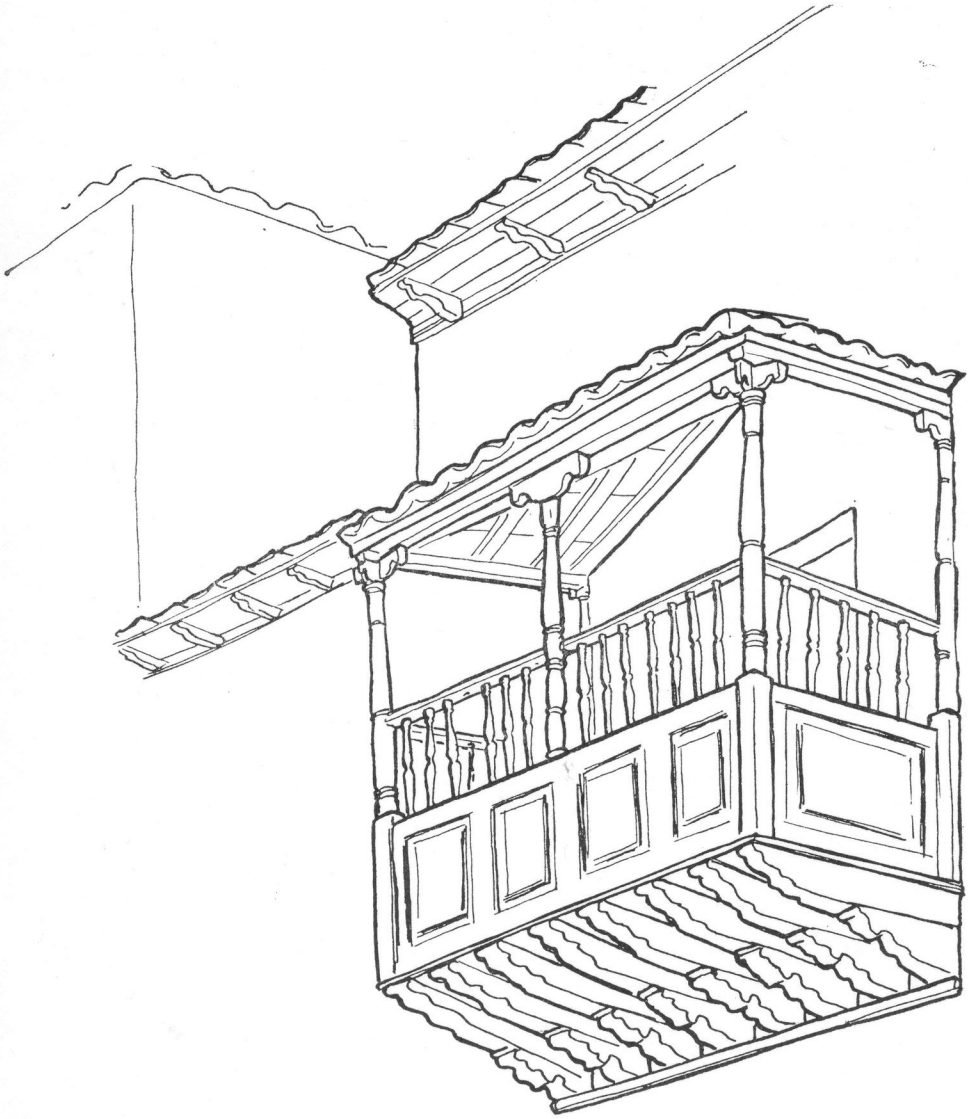


Handwritten signature



El 9 de abril de 1975 se presentó en Las Palmas el tomo I del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*. Don Dámaso Alonso y don Gregorio Salvador hablaron de lo que la obra, científicamente, significa. Yo escribí unas páginas de emoción y recuerdos: son las que leí y ahora imprimen mis amigos canarios.

El *Atlas* fue posible gracias a don Juan Pulido y don José Rodríguez de la Rosa, a don Lorenzo Olarte y a don Ervigio Díaz Bertrana. Don Alfonso Armas coordinó todos los esfuerzos. Por eso, en esta primera página de emoción y recuerdo pongo unas pocas palabras de gratitud.



EL dialectólogo a veces se acuerda de un verso de Du Bellay: «Dichoso aquel que, como Ulises, ha hecho un largo viaje.» Y el dialectólogo, que es hombre sincero y veraz, siente la emoción de su viaje y teme contar cosas para que los demás no le digan ¿y usted no inventa nada? Las gentes que saben mucho de libros dicen que los griegos, para nuestro bien, con la razón asaltaron a los mitos, pero uno, que también lee de vez en cuando, piensa que los griegos mataron entonces a la poesía. Y siente que, al caminar de isla en isla, o al subir a las brañas de los pastores, o al ir a un barquichuelo azocado en una caleta, ya no encuentra cinocéfalos, ni cíclopes, ni sirenas, ni nada de nada. Y el dialectólogo, que a veces lee, tiene rencor contra Luciano, que —con todo su racionalismo— se equivocó creyendo que hay cosas «que no solamente no existen, sino que ni siquiera pueden existir», porque él, Luciano, escéptico y racionalista, llegó a escribir esto:

Otros muchos autores [...] han [...] contado hechos vividos, aventuras y viajes en los

que hablan de animales monstruosos, de costumbres crueles y de prácticas singulares. El patrón y maestro que les ha iniciado en esta variedad de charlatanismo es el Ulises de Homero contando en la corte de Alcínoo historias de vientos encadenados y la ferocidad de ciertos hombres salvajes que no tenían sino un ojo y comían carne cruda.

Pero Luciano no había hecho ningún largo viaje, ni se tropezó un día a la hermosísima Nausícaa lavando sus lienzos, ni supo la felicidad de encontrar al perro Argos mientras el venía de la majada de Eumeo, ni se apoyó en un peral lleno de flores ante la casa de Laertes.

El dialectólogo quisiera poder contar cosas dignas de Ulises, su maestro y santo patrono en esto de las andanzas viajeras, pero el dialectólogo es un hombre vulgar que no ha descubierto nada que merezca la pena. Sin embargo, ha visto muchas tierras y ha hablado con muchos hombres. Y como no se resigna al olvido, piensa que sus peregrinaciones también tienen, a veces, unos respuntes poéticos y que, a pesar de viajar en jumbo, puede ser feliz por haber hecho un largo viaje. Pues el burro y el camello no han perdido su emoción lírica para un hombre que vive entre asfalto.



PORQUE Ulises hubiera descubierto en las Islas la fantasía que nos quieren robar. Un día, camino de la Navidad, el dialectólogo venía de la isla del Hierro: como un inalcanzable ensueño se iban dibujando otras islas. El dialectólogo soñaba. ¿Cuál de ellas será San Borondón? Porque el dialectólogo —hombre insignificante al fin y al cabo— hubiera querido ser siempre joven y vivir, como ha vivido en sus Islas, en eterna felicidad. Pero la realidad le acercaba unas costas resacas y despobladas. Sí, así eran las riberas que los ojos de Ulises descubrían. El dialectólogo venía del Hierro y llevaba una cesta con nueces y con higos secos. ¿Y usted fue al Hierro a traerse unas nueces y unos higos secos? Sí, a traerme unas nueces y unos higos secos que quiero tener siempre cerca, porque las nueces y los higos me habían llevado a los costas de los Feacios y a la Ítaca nunca alcanzable. El dialectólogo —lo ha dicho— ha visto muchas tierras y ha hablado con mucha gente. En Frontera aprendió que «las nueces y los higos son más sabrosos cuanto menos se les conserva, pues cuanto más se prolonga el tiempo,

los higos pierden su gusto y las nueces se secan». Pero, oiga usted, ¿eso se lo contaron en Frontera o lo escribió Varrón? Y el dialectólogo está en un aprieto. Porque es hombre veraz y no miente. Sí, claro, en el tratado *De las cosas del campo* (LXVII) se cuenta eso, pero el dialectólogo lleva una cesta con nueces y con higos secos junto a su maleta. Se los dio ¿Varrón? No, no me haga usted dudar, no me los dio Varrón, me los dio una mujer de Frontera que aún recuerdo muy bien, con su delantal negro, con su pañuelo anudado a la cabeza. Sí, pero, oiga usted, amigo, rellené un cuestionario y, además, Elena me retrató con ella. Sí, ella me lo explicó, y como yo me iba y aquella mujer sabía mucho de gratitud y de hospitalidad, me regaló un cesto lleno de nueces y de higos secos. Y no me haga dudar, ¿cuántas veces he comido gofio? Sí, gofio, con mi potajito de berros, o mi sancochito de cherne, o mi... ¿Y esto le gusta a usted también? A mí y a su amigo Varrón. ¿A Varrón? Pero ¿esto lo dijo Varrón o Pepe Monagas? Ah, eso es cosa suya, no mía, porque ya le digo que yo voy ahora en un barquichuelo, camino de la Navidad, y vengo de la isla del Hierro, y ahí enfrente veo San Borondón o la costa de la Gomera, que es lo mismo. Pero ¿y lo del gofio? Sí, sí, Pepe Monagas —no, hombre, no— Varrón escribió esto: «Durante el invierno se saca la harina del trigo destinado al consumo de la casa, teniendo que tostarla antes para poder hacer el pan.» ¿Y quién dice usted que escribió eso? No sé; para us-



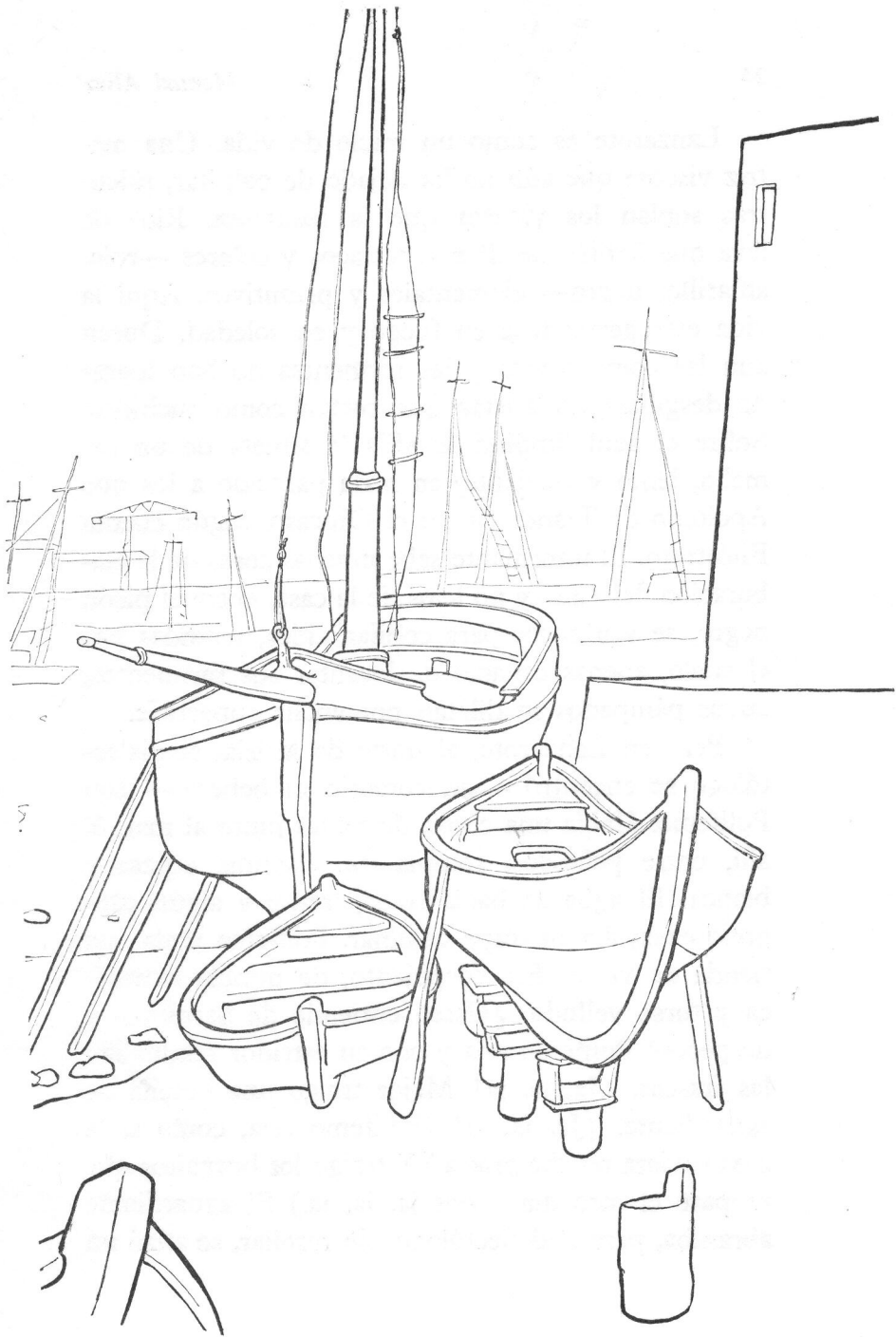
ted, que parece estar aún en la rama de un olivo, algún autor putrefacto. Para mí, una mujer de Frontera, la mismita esa que me dio —y vaya complicación que me ha traído— esta cesta de nueces y de higos secos, y que, además, no sabía escribir.

Delante de los ojos del dialectólogo pasaban las costas atónitas de la Gomera. El dialectólogo no quería que llegara el anochecer, ni que el mar se pusiera color de malva, ni los montes se mudaran hasta el gris violeta. El dialectólogo había colgado sus ojos en la Torre del Conde y se acordaba, sí, para eso sus amigos están en la Casa de Colón y de vez en cuando él platica con los papagayos del patio, se acordaba de doña Beatriz Bobadilla, llamada —ya ve usted— la Circe gomera, que con un pañuelito blanco —y fíjese, lo dice nada menos que Fernández Duro— despedía a Colón, que se iba a América. ¿Y eso es verdad? Ah, y yo qué sé si doña Beatriz usaba pañuelo o se limpiaba las lágrimas, digamos, con el refajo. ¿Y entonces? La verdad es esta torre y los barquitos —¿o son almadías?— que se mueven suavemente para seguir las naves de Ulises, digo de Colón.

EL dialectólogo piensa en las naves griegas y en las que a él le han llevado por las islas Canarias. Entonces siente una extraña y suave emoción. Sin saber por qué, recuerda que un anochecer entró en el museo de Constanza. El museo estaba cerrado, pero los amigos rumanos del dialectólogo consiguieron que les dejaran pasar a escondidillas. Aún nota el temblor que le hizo vibrar. Apenas se veía, pero sobre la pared se pintaban el mar Negro, y las trirremes latinas, y el camino que siguió Ovidio en busca de la eterna noche. Ovidio, que llamó cruel a Ulises porque Ulises tenía cerrado su corazón al amor. Y aquel recuerdo le ha asaltado en la isla de Lanzarote. Cae un sol suave que todavía acaricia. Estamos a finales de abril. En el llano que rodea a Teguise, al pie del Guapanay, se está haciendo la encuesta: hay un silencio que sobrecoge. Como si algún arráez berberisco se hubiera asomado al doblar una cantonada. El cortijo es blanquísimo, hay unas piedras pulimentadas sobre las que el dialectólogo está sentado y, sin querer, se acuerda de otro portal en una isla mediterránea. No era la mísera vivienda de un bracero de Lanzarote, sino la mora-

da de Neleo. (¿Pero serían muy distintas las dos casas?) Ulises vuelve a ser una presencia cordial. El dialectólogo sacude sus recuerdos y se inclina sobre el cuestionario. El cuaderno se va llenando poco a poco. De pronto, el hombre gira su mirada por aquel silencio augusto y sus ojos se prenden en las púas de una chumbera. La pala está coronada por una flor roja, espesa como el terciopelo, abierta y carnosa. Sopla un viento suave y la flor tiembla. El dialectólogo ya no ve; oye una música que viene por el mar y la identifica: es de Mikis Theodorakis. El dialectólogo vuelve a sentir un temblor incierto, mientras bajo la sombra del Guanapay va recordando versos de Yannis Ritsos, el poeta griego que —prisionero en la isla de Leros— compuso en el campo de concentración las *Canciones de la patria amarga*. Todo se ha mezclado en esta flor, roja como un cuajarón de sangre, que se ha abierto en la llanada de Teguisse: el viento, la soledad, las vaharadas de mar. Y el recuerdo a otra flor en una isla griega, mientras el corazón del poeta estaba entristecido:

*En el hueco peñasco en que encontraste
el oculto color con que floreces
y el tembloroso tallo que te acuna,
en ese roquedal he recogido
gota a gota la sangre que se vierte
para tejer un pañolón de rosas.
Y ahora cojo sol de libertades.*

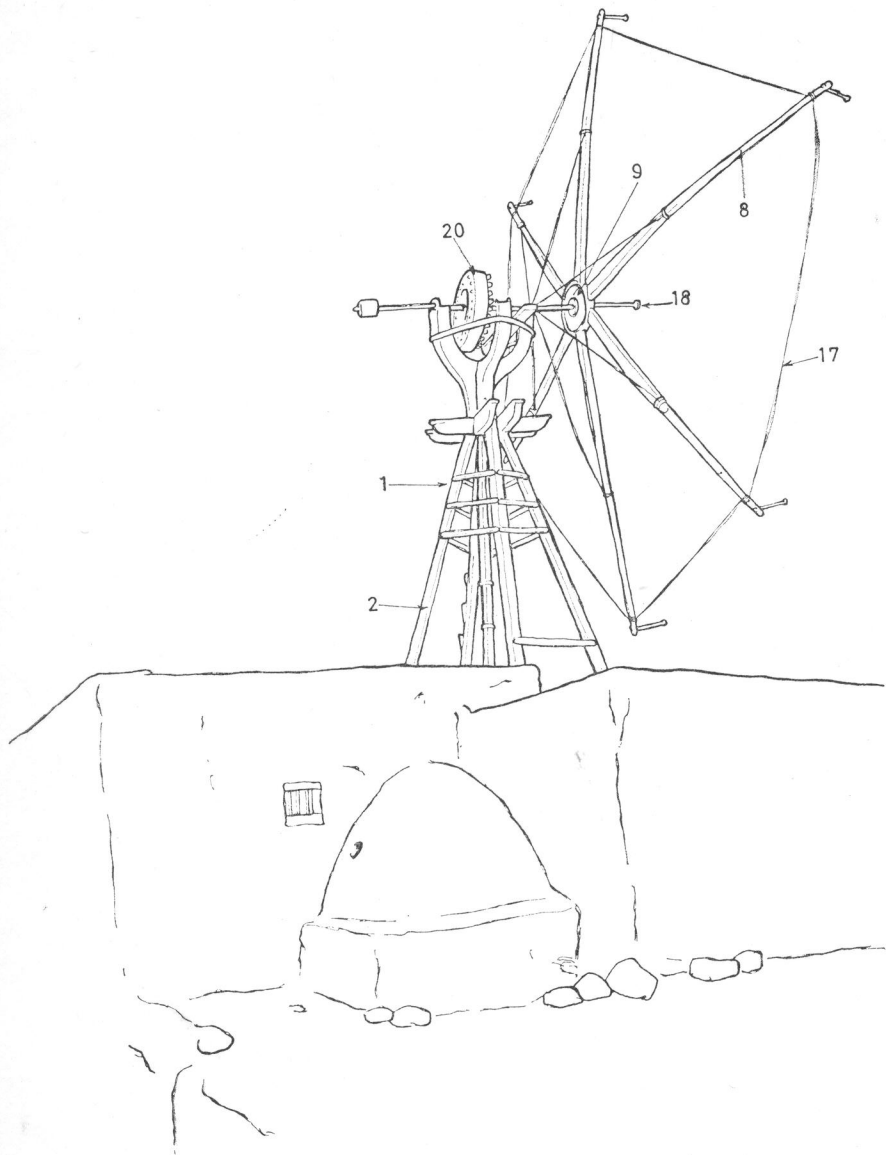


Lanzarote es como un inicio de vida. Una matriz viscosa que aún no ha dejado de palpitar, mientras soplan los vientos que la fecundan. Ríos de lava que hablan de días genesíacos y colores —rojo, amarillo, negro— elementales y primitivos. Aquí la vida está gestándose en fuego y en soledad. Duran aún las convulsiones y las tormentas no han logrado desgastar las aristas que cortan como cuchillos. Sobre el azul límpido se afila la silueta de un camello, lento y oscilante, en nada parecido a los que Apolonio de Tianes vio en el Cáucaso, según cuenta Filóstrato. El informante sabe muchas cosas de la elaboración del vino, y no lejos de la casa, entre el picón negro, se ven zocos para cobijar vides, tendidas por el suelo, apenas capaces de levantar sus sarmientos, cuyos pámpanos se dilatan por ancha superficie.

Pero en Lanzarote, al norte de la isla, el dialectólogo se encontró —sin comerlo ni beberlo— con Polifemo. Había una choza de tablas junto al mar. Y allí, entre peñascos, rompía una espuma espesa y blanca. El agua se hacía transparente y algún cangrejo ensayaba su torpe caminar. Polifemo tenía una tienda de vinos. Era corpulento, de mirada extraviada y torso velludo. ¿Usted entiende de barquitos y de peces? Polifemo reía y con su estridor temblaban las frascas. ¡Ja, ja, ja! Mejor traigo una botella de aguardiente. ¡Ja, ja, ja! (Polifemo reía, como si la cosa tuviera mucha gracia.) Y traigo los burgaítos que preparé el otro día. (Más ja, ja, ja.) El aguardiente abrasaba, pero el dialectólogo, sin resollar, se atizó un

latigazo, y otro, y otro. Polifemo vaciaba la botella de moluscos sobre un plato. Sus uñas negras parecían hasta limpias. Caían viscosos, retorcidos, picañtes, los caracolillos. ¿A que usted no los ha comido así? Polifemo prendía aquellas menudas presencias. Se le escurrían y quedaban enredadas en las cerdas de su brazo, o se espachurraban entre los dedos enormes. Cuando conseguía llevarlas a su boca, se interrumpía el ja, ja, ja. Una dentadura amarillenta y mellada dejaba paso a la mezcla aquella de visco espeso y de carnes blandas que se perdía en la negrura de las fauces. Por las barbas mal crecidas destilaban gotas de alcohol, que temblaban brillantes. Polifemo veía unas láminas y gritaba —¡Ja, ja, ja!—: bicúa —¡Ja, ja, ja!—, alfonsiño —¡Ja, ja, ja!—, tostón o castañuela —¡Ja, ja, ja!—. El dialectólogo copiaba como si unas manazas le estuvieran acogotando. Transcribía, mientras las tablas se hacían inseguras y en los oídos —rumor de mar, oquedad de carcajadas— le iban resonando unos versos de sus tiempos de estudiante:

*Sentado, a la alta palma no perdona
su dulce fruto mi robusta mano;
en pie, sombra capaz es mi persona
de innumerables cabras el verano.
¿Qué mucho, si de nubes se corona
por igualarme la montaña en vano,
y en los cielos, desde esta roca, puedo
cubrir mis desdichas con el dedo?*



¿Y dice usted que habló con mucha gente? Pues sí, ya ve. ¿Y que comía como Ulises? Sí, sí, también. ¿Y no se aburría? ¿Y no enfermaba? ¿Y usted, caballero, qué dice que es? Servidor se dedica a la dialectología. ¡Ah! ¿Y eso es bueno? Según se mire. Ahí, a la derecha del mapa, hay una isla a la que Ulises no llegó porque entonces esto de la informática andaba malamente. Esa isla se llama Fuerteventura. En Fuerteventura hay molinos como los del *Quijote*. El dialectólogo tenía que hacer una encuesta allí. El dialectólogo iba con su mujer y un chófer del Cabildo los llevaba. Los chóferes del Cabildo son gente muy fina y bien educada. El dialectólogo, también, pero no tanto. No había nada que comer. Un ventorro —peor, pero mucho peor que los del *Quijote*— estaba vacío. El chófer del Cabildo, muy fino y bien educado, empezaba a perder su finura y su buena crianza. Pero ¿estos cristianos qué comen? Pues ya ve usted, lo mismo que los moros y judíos, que diría don Américo. Pero ¿don Américo Vespuccio? Al dialectólogo se le despertó el alma adormecida. ¡Qué finos

y educados son estos chóferes del Cabildo! Llegó el ventero; el hombre iba un tanto metido en agujas, llevaba las solapas levantadas (eso quiere decir que venía doliente de un velorio) y no entendía mucho que hubiera allí tres cristianos con la pretensión de comer. No tengo nada. Un poco de queso (las moscas le daban cierta dignidad de pastel de rica miel), un pan encetado, unos higos secos y unas pasas. También había unos tomates, esnillados y sucios. El chófer, fino y bien educado, dijo que era viernes y que los viernes ayunaba, según venerable tradición familiar. Y aunque estábamos a la hora de sexta, nos contó con mucho primor aquello de que más mató una cena que curó Avicena, y lo otro de que de grandes cenas están las sepulturas llenas. (Sin embargo, se le olvidó que más cornás da el hambre.) Como al dialectólogo eso de la austeridad le produce humores imaginativos, le espetó: «Oiga, pues esto no está tan mal, es comida de emperador.» El chófer, fino y bien educado, hizo un gesto que no es decente reproducir aquí. Que no me lo creo, si no yo sé para qué existen estos andurriales, que no sé qué fin lleva usted con tanto ir de un sitio a otro, que vaya palabras que usted busca, que ni salen en los papeles, ni se oyen en la tele, que... A mí me va usted a decir que esto lo come ningún cristiano que se precie. (El dialectólogo echaba mano de su escasa paciencia y recurrió a nuevos humores imaginativos.) Sí, hombre, sí. También de esto comían los emperadores; si no, pregúnteselo a don



Augusto Octaviano, a quien le gustaban el queso prensado con la mano y las brevas, o el pan y los granos de uva de hollejo duro. ¿Y a usted quién le contó ese chiste? A mí, no sé, el otro día lo oí a unos amigos en la tertulia. ¿Y dónde está la tertulia? No, en la otra isla. ¿Sabe la Casa de Colón? Allí andaban mis amigos Ventura Doreste, Suetonio Tranquilo, Alfonso Armas y creo que otro conocido suyo, ese tal don Augusto Octaviano, se lo había escrito en unas cartas.

Pero usted nos ha dicho que conoció mucha gente. ¡Y tanta! Y esa gente me trajo el recuerdo de otra a la que nunca pude ver y que, sin embargo, quedó entrañada en mi vida. Cuando trabajé en Fuerteventura, un informante me contó que don Miguel de Unamuno le había hablado una tarde entera. Don Miguel andaba perdido. ¿Por dónde está el atajo de Puerto Cabras? Y el soldado caminó a su vera hasta las primeras casas del pueblo. Otro se acuerda de cuando era muy chico y se cayó de bruces contra el santo suelo. Lloriqueaba y hocicaba en el polvo. Don Miguel lo puso a dos pies, que es postura de cristianos, y en brazos lo tuvo hasta que se le pasó la barraquera. Son cosas que ocurren. En Fuerteventura, cuando yo fui, aún vivía don Ramón Castañeyra y la presencia de Unamuno era como una sombra amiga. Parecía que todos los críos de la isla se hubieran caído alguna vez para ganarse una caricia de don Miguel. Sin embargo, en

Fuerteventura ningún informante sabe quién es Azorín o Baroja o Valle-Inclán. Lo que son las cosas: a veces, los dislates de la política resultan beneficiosos para lo que los políticos ignoran. ¿No cree usted? Porque en este país nuestro para que se enteren de que un artista vive hay que matarlo, porque si no, ni modo. (El dialectólogo no sabe si estas palabras son suyas o del sujeto o las ha oído en otra parte. Sin embargo, hay en ellas una verdad amarga que desazona.)

También en Fuerteventura conoció a maestro Vicente. Maestro Vicente vive en Betancuria. Sí, allí, en mitad de la isla. ¿Se acuerda usted de unos versos de Unamuno? :

*Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza.*

Allí mismo fui a buscar palabras. Un amigo me recomendó a maestro Vicente. El hombre había ayudado a salvar todas las cosas que se han salvado. Las ruinas entrañables del convento de franciscanos, la capillita de San Diego de Alcalá, los balates enjalbegados que llegan hasta el viejo cenobio. Labor de pulcritud y aseo que ha dado nueva vida a las ruinas. Maestro Vicente también ayudó a montar un museo pobre y conmovedor. Así hubieran querido los franciscanos tener un museo, si es que les quedaba tiempo para pensar en cosas de los

hombres. Maestro Vicente es todo, alarife y conservador, guía de historia y hostelero. El museo tiene una predela barroca y una silla de coro, unos paños litúrgicos y un santo de palo. Pero todo allí tiene su sentido y el curioso que llega se entera de Betancures y Gadiferes, que son gentes de libros de caballerías. Y cuando el calor aprieta, maestro Vicente trae su tacita de café o su agüita clara. Don Miguel no conoció estas cosas, pues entonces hubiera sido muy otro su soneto. Pero como no puedo dar vuelta atrás a las manecillas del reloj, aquí está lo que él dijo:

*Enjalbegada tumba es Betancuria
donde la vida como acaba empieza,
tránsito lento a que el mortal se aveza
lejos del tiempo y de su cruel injuria.*

Aunque maestro Vicente no era sujeto del *Atlas*, el dialectólogo platicaba mucho con él, porque le dio cobijo en su casa. Y allí supo de cosas nunca oídas de los camellos —majalulos y güelfos—, de su ferocidad cuando mascan y de la dureza de su esternón, de la mancha negra en el totizo y de lo útil que puede resultar sacudirles en ella. Supo también lo del ¡fuche! y del ¡párate! Y como maestro Vicente estaba dispuesto a enseñar al dialectólogo analfabeto todo lo que encartara, encartó mecer el fol o borracho, dar vueltas a la leche en el tocio o tabajoste y pilar millo en el mortero. En el patio de



la casa era un descanso aprender estas cosas, pues todo era de una dulce serenidad: al otro lado de la rambla se veían unas paredes blanquísimas sobre las que chillaban las buganvillas oscuras, y un balcón de tea, sobrio, elegantísimo, sobre una cuesta en repecho. Al apagarse las luces, cuando temblaban las palmas del barranco, venían los amigos de maestro Vicente a seguir dando al dialectólogo lecciones de cosas. El dialectólogo piensa que debería volver a Betancuria y quedarse allí más de tres días para continuar hablando con el maestro Vicente y con sus amigos, gente discreta y de ponderados saberes. Pero el dialectólogo tenía que seguir su camino y un día se marchó. Maestro Vicente regaló al dialectólogo tres días de hospedaje. Y ahora el dialectólogo no lo dice para que los turistas vayan a Betancuria, sino para que se sepa que en las islas encontró gentes muy generosas que le enseñaron —obra de caridad— muchas cosas que él ignoraba, que le dieron hospitalidad —y hubo muchos maestros Vicentes— y que aún le recuerdan. Años después, el dialectólogo volvió a Betancuria con unos mozos que querían aprender a trabajar, y no hizo falta la presentación de nadie, porque la misma generosidad seguía con sus puertas abiertas de par en par.

PERO, oiga usted, nos ha dicho que conoció mucha gente y que aprendía muchas cosas, pero... Mire, un dialectólogo es una criatura perecedera. ¿Sabe cómo se come eso? Y unas veces se acuerda de historias viejas y otras no le vienen a las mientes ni las nuevas. Además, el dialectólogo no apuntaba más que garabatos como curianillas chicas. Lo demás ahí se queda; apaños estaríamos si hubiera que escribir todo lo que pasa. Por eso los recuerdos le vienen deslavazados y van saltando de una isla a otra, aunque siempre piensa que tuvo mucha suerte al tropezar con la gente. Se acuerda muy bien de lo penoso que era encontrar alojamiento en Semana Santa. Pero en Semana Santa el dialectólogo tiene vacaciones y por eso podía venirse a trabajar. Pues mire, no lo entiendo. Usted es un bicho raro: le dan vacaciones y se dedica al pluriempleo. Lo que son las cosas. Y no es eso lo malo, sino que a veces las vacaciones no encuadran con lo que se busca, y a jorobarse tocan. Pues sí, de eso mucho. El dialectólogo tenía un amigo que se llamaba Jean Séguy. Séguy hizo una tesis sobre plantas del Pi-

rineo, pero como tenía que dar clase, no podía estudiar las floraciones que le coincidían con la didascalía. ¡Ah! ¿Y qué hizo? Pues eso, lo de antes, jorrobarse. ¿Y usted también tiene amigos de más allá de la Península? Claro, hombre. Séguy era un tipo raro: bebía en bota y escalaba montañas; un día, camino de Suecia, me lo encontré empinando en el barco. Los escandinavos, que son muy circunspectos hasta que dejan de serlo, lo miraban muy extrañados. Cuando me vio se alegró mucho, porque ya éramos dos los que íbamos a dar envidia a aquellas gentes con cara de mantequilla. ¡Ah! Después, cuando empecé esto de los Atlas, Séguy me tuvo en su casa para que viera cómo trabajaba él. Allí aprendí cosas que no tenían mucho que ver con mi incumbencia, pero —además— puedo decir que supe cómo se escaló el Anapurna o cómo se llegó al Aconcagua. Un día, mi amigo Jean Séguy, escalador de alta montaña, resbaló en la escalera de su casa y se fracturó el cráneo. Yo lo supe muy tarde y escribo ahora estas líneas con gratitud y como homenaje.

Pero, a lo que íbamos, alojarse en Samana Santa no es fácil. Que se lo digan a usted los del sur de Tenerife. Es cuando llegan las invasiones de los bárbaros y de los indígenas. Las muchachas rubias adquieren untuosidad de lapas y no hay forma de despegarlas. Rubias por todas partes, crudas y al tueste, con su curso para extranjeros y su cursi para extranjeras, con su eso y con su otro. Ya sabe, todo es verdad.



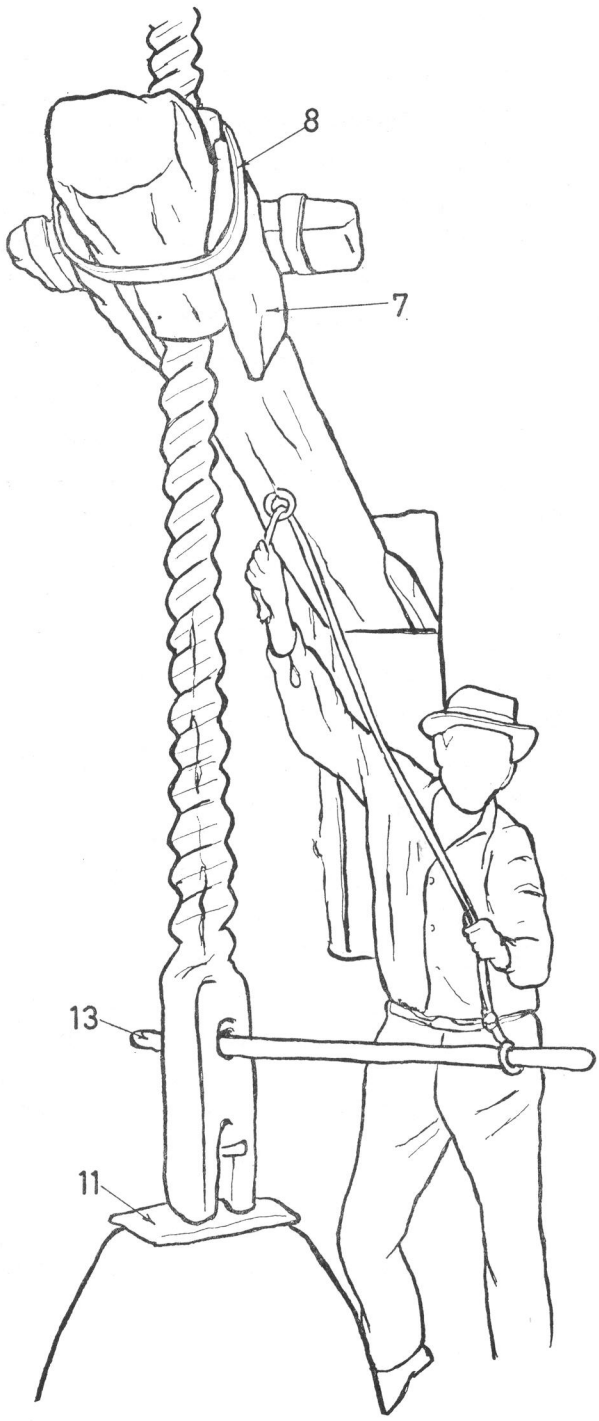
Pero el dialectólogo, que no buscaba tales trotes, no encuentra donde dormir. El informante da posada al peregrino, que es otra obra de caridad; los arrapiezos se van a dormir a la playa y Nuestra Santa Madre la Dialectología se lo premiará generosamente. Pero ¿y lo de Arico? Allí ya no había ni playa. Pero, ¿quién lo esperaba?, había una peluquería de señoras. Beauty Parlor se llamaba, que eso de poner las cosas en cristiano pega muy bien. El cuarto era espacioso: olía a señora de las finas y en las paredes había fotos de esas ricas hembras que los cristianos no catamos (oiga, ¿usted no cree que también nos premiarán el sacrificio? El chófer del Cabildo no está por la teología). Aprovechando el hueco bajo el secador, pusieron un catre de vientos y la cosa quedó bastante apañada. Pero al dialectólogo le asaltaban sus dudas. No sabía si estaba bien adormecerse oliendo a señora de las finas, cuando la propia andaba bregando con los zagales allá lejos, ni sabía si el casco bajo el cual introdujo la cabeza tendría virtudes de ciencia-ficción y lo convertiría en Marilyn Monroe o en Rachel Welsh, que de todo se ha visto en la viña del Señor. Y el dialectólogo jura que durmió como un bendito y que, al despertar, con la luz colándose a través del balcón, todas aquellas señoras tan despampanantes y tan bien perfumadas estaban quietecitas en sus puestos, como si la noche no hubiera sido noche. ¡Qué pena! Mientras, discretamente, le llamaban a la puerta: ¡Caba-llero, levántese, que ya va a venir la parroquia!

Y, sin embargo, la Semana Santa en las Islas es recogida y triste. Al dialectólogo le han dicho que por allí no hay mucha religiosidad, pero uno no se lo cree. Uno que ha vivido más de veinte años en Andalucía. La gente en las Islas es seria y mantiene el decoro que los días exigen. Por eso, el dialectólogo no cree que se puedan cortar todos los trajes con la misma medida. Mientras dure su memoria, el dialectólogo recordará un Viernes Santo que, en San Bartolomé de Tirajana, trabajaba en el Ayuntamiento. Todo era un apagado susurro. El balcón estaba abierto. Y Cristo en la cruz pasó junto a la mesa donde se transcribía: los dos hombres que hablaban no veían sino la cruz levantada; desde la calle, no podían ser vistos. Y todo era un silencio tembloroso y acongojante. También recordará el atardecer del Puerto del Rosario: desde el hondón de la calle —vacía, sin un alma— se ve la rasante que lleva a la iglesia; había un rosa-cárdeno en las nubes y unos pocos hombres arrastraban un paso que se recortaba en el cielo, trágico, doloroso, con sus negras siluetas.

EL chófer del Cabildo piensa en sus cosas y no hace mucho caso a los recuerdos del dialectólogo. Terne que terne vuelve a sus ideas porque, eso sí, es liberal y respetuoso; que cada uno diga lo que quiera, pero sin molestar más de lo preciso. Las ideas del chófer del Cabildo no tienen que ver ni con la metafísica ni con la epistemología. Son ideas de hombre sano que hace buenas digestiones y a quien la mujer le guarda comida caliente todos los días. (¿Usted no cree que los lingüistas de hoy son gente que pasa hambre? Vaya, no lo había pensado, pero tal vez sea cierto; claro, un bocadillo de lechuga y pepino para comer facilita ideas muy sutiles, pero poco humanas, ¿o no? Mire, a mí no me lo diga, que yo doy clases en la Facultad y esto resulta muy comprometedor.) El chófer del Cabildo, cerrado este paréntesis, vuelve a la carga.

¿Y usted entiende de cosas? ¿Ha bebido vino de tea? Pues yo sí. Sabe usted, es un poco áspero, pero luego sienta bien. Le pone usted un buen enyesque de burgaos, santorra y pata de cochino, y trago va,

mordida viene, hasta que el cristiano se entulle. Pero ¿también eso se ha gozado usted? Y que lo diga. No querrá ahora patentar la fórmula para las suecas. ¡Qué va! Si la fórmula la patentó Plinio. ¿El de la tele? No, hombre, un Plinio más viejo. ¡Ah!, claro, el de las novelas. (¡Qué tío! Lo que se aprende con un chófer del Cabildo.) Sí, más o menos. Era un Plinio que sabía un carro de estas cosas y que me dio la fórmula. Y no crea que esto de la tea en el vino tiene su mucho con qué, porque dar fuerza a vinos flojos es cosa de preocupación y de buen tiento. Que si ponerle yeso o cal o arcilla o mármol o agua de mar. Y gatos muertos, que dicen, y las heces de otro vino y el vinagre. El chófer piensa que el progreso es muy malo para los buenos caldos, que ahora todo se falsifica y que con tanta química como se descubre no hacemos otra cosa que mascar plástico y beber coca-cola. El dialectólogo que viaja mucho y habla con la gente sabe que esto es verdad, pero que en la rebotica que hay en la Casa de Colón van a la tertulia gentes de mucha entidad, que cuentan historias increíbles; así, el otro día, cuando vino un arcediano de Fuerteventura que le presentaron como don José de Viera y Clavijo. Don José sabe muchas cosas de historia natural y se escribe con sabios de todas partes. Como el dialectólogo tiene curiosidad por las islas, le estuvo preguntando por el drago y por el vino con resina. Don José se marchó con prisa porque su amigo don Pedro Perdomo le quería enseñar unos papeles sobre barcos antiguos que había encontrado en el Archivo



de Indias. Sin embargo, como el Arcediano tiene la cortesía y suave condición de los canarios, antes de tomar la guagua se pasó por el despacho de don Alfonso Armas y le dejó una nota. Desde Italia le había escrito, hace unos años, su amigo Cayo Plinio y le contó a qué manipulaciones sometían los mostos en su tierra y en la carta que ahora leo se decía:

Para dar cuerpo a los vinos corrientes, en algunos sitios de Italia se emplea una especie de resina llamada *crápula* [...]. En Oriente, la mejor de las resinas es la que se obtiene del terebinto y después la del lentisco, llamada también almástiga [...]. La resina de Siria se parece a la miel ática, pero la de Chipre aventaja a todas, por su color melado y su carnosidad [...]. Después de la primera fermentación, que dura nueve días cuando menos, se procede a dar apresto a los mostos, espolvoreándolos con pez para dar al vino olor y un pique de gusto. El efecto de la flor de resina cruda es más enérgico y da cuerpo a los vinos vulgares; por el contrario, la *crápula* endulza los vinos demasiado duros y les quita aspereza o da cuerpo a los que son flojos, sobre todo a los mostos de Liguria o de las regiones del Po (*Nat. Hist.*, XIV, 120-124).

Todo esto parecen cosas que no están en los libros y, sin embargo, van resultando muy viejas. A

veces el chófer del Cabildo no se cree nada de lo que ve, porque el caballero de la Península tiene unas cosas que ya, ya. Llegar a Garafía no es ningún anisete. Garafía tiene diez pagos, y una iglesia en una plaza, desde donde se ven unos atardeceres increíbles. En la fonda de Garafía había dos muchachitas de la Sección Femenina que enseñaban a coser a máquina a otras mozuelas del pueblo. Un gran cartel hablaba del cursillo. El dialectólogo llegó a la fonda. Bueno, era una fonda. Bueno, se comía como en una fonda. Bueno, la cama era como en una fonda. Antes, a la derecha, quedaba un molino, pero el dialectólogo pinchó en hueso. Le trajeron como informante a un licenciado de la guerra de Cuba. La cosa salió mal. El dialectólogo, por ver si se consolaba, se arrimó a la biblioteca. Garafía, muy arriba de la isla de La Palma y con unos caminos de garabatillo. La biblioteca era una sala larga con no demasiados libros. Agresivo, gordo, dignidad de país desarrollado, uno que debía tener muchos lectores: *El mueble francés del siglo XVIII*. Pero el dialectólogo buscaba otras cosas, las regionales, las de la gente sencilla que vive, crece, se reproduce y muere con fidelidad a su pueblo; haciendo, sin saberlo, historia y teoría de lealtades. No, en Garafía no se podía leer eso. Pero había un libro caro, carísimo, sobre muebles franceses. Con lo que aquel libro valía se podía haber hecho una biblioteca legible y sensata. Pero a lo mejor es preferible que la gente sepa que hay consolas de tropa gorda y recortes de bronce y patas como zarpas. ¿Quién sabe?

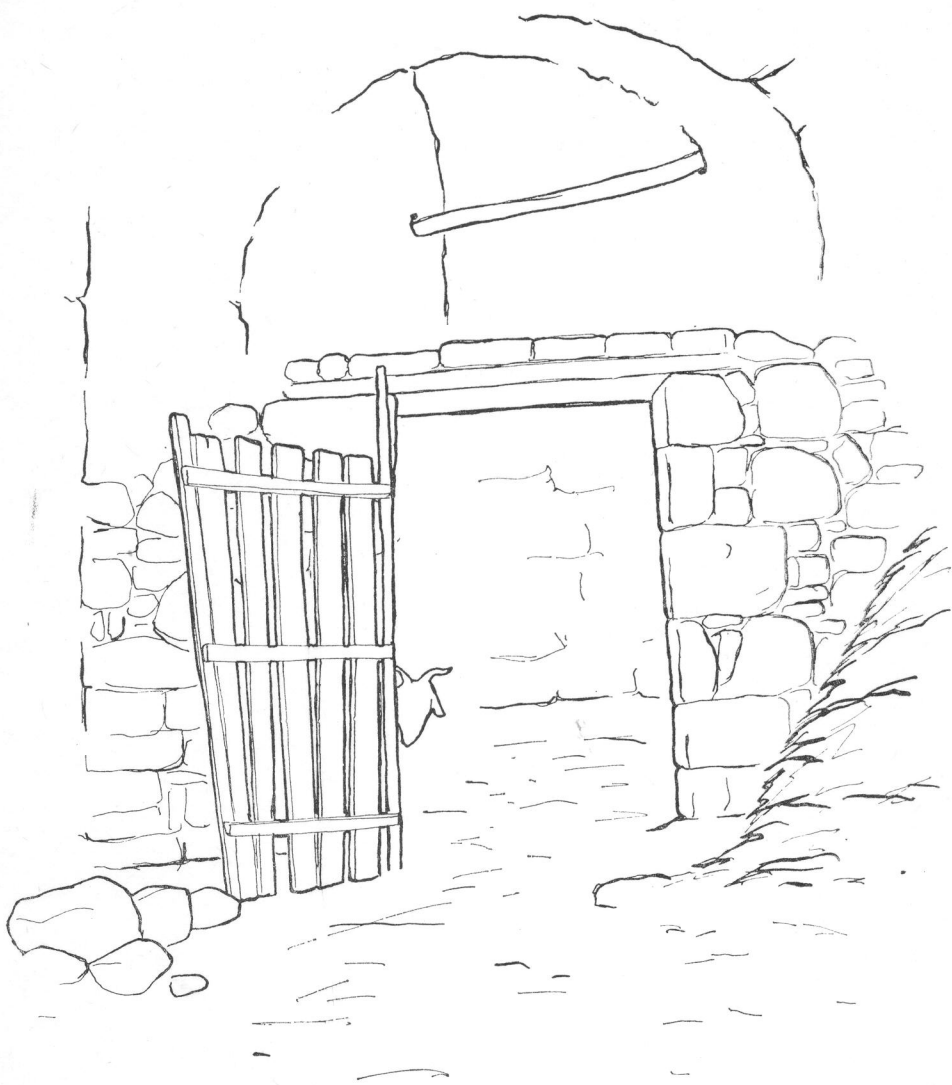
En vista de eso, y como en casa, con tanto crío y tanto libro, no caben muebles franceses del siglo XVIII, el dialectólogo se fue a buscar eses sonoras, que ocupan poco sitio. Pero las eses sonoras no aparecían. Y el chófer del Cabildo, el de ahora cuadró bondadoso y preocupado: No hombre, no, ¿qué se va a quedar usted sin eso que busca? Por estos pagos está mi suegra, tiene noventa años y, no crea, ella conserva todo: la foto del marido, las andaderas de los rapaces, el corpiño de cuando era nueva. Claro, claro, también conservará eso que el caballero busca. El dialectólogo estaba feliz: le llamaron señor, le llamaron cristiano, ahora le llamaban caballero. El dialectólogo temía que le llamaran godo. (No, usted no es godo, usted es de la tierra, pero ¡si sabe más que nosotros! Dios sea bendito.) Ahora había una viejecita muy aseada; dirigía a varias mujeres. En una cocina amplia por donde entraba un sol transparente y claro, mientras las montañas eran una sombra espesa que dejaba paso al mar, las mujeres apeñusgaban cuajada en las queseras. Aquí el caballero busca algo que no encuentra. Y el dialectólogo dijo que sí, que no, que bueno, que buscaba algo, pero que no importaba, que también era bueno no encontrarlo. ¿Usted cómo dice *queso*? Pues queso. ¿Y cómo dice *rosa*? Pues rosa. ¿Y cómo dice *casa*? Pues casa. Al dialectólogo aquella vocecita delgada y suave le habló: No se preocupe, m'hijo, en otro sitio encontrará lo que busca, y si no, cuando duerma, a lo mejor se le descubre el sitio donde está. Y el chófer del Cabildo, compungido y



triste: Nada, aquí tampoco, verdad usted. Sí, hombre, aquí sí. ¿Que aquí había eso que ya no se conserva? Sí, aquí; había luces claras y mujeres que saben hacer queso con las manos y una viejecita que me llamaba m'hijo. Aquí había. Por la noche, en la fonda, con cena de fonda, con carne de fonda, con cama de fonda, con sueño de fonda, las muchachitas que enseñaban a coser le decían: ¿Encontró eso que ya no va quedando? ¿Verdad que la biblioteca está muy bien? Era la última encuesta del *Atlas de Canarias*. No podía decirse que había resultado un éxito: ni molinero, ni eses sonoras, ni comida, ni cama. Muerto de cansancio, aspeado, hambriento, entristecido, el dialectólogo se acostó. Como es aragonés, no sueña nunca. Pero aquella noche, acabada la última encuesta —lo que son las cosas—, soñó que Balduino y Fabiola le invitaban a cenar un pollo asado en un apartamento que tenían en la Castellana.

EL dialectólogo piensa que las cosas le rodaron mejor otras veces. ¿Usted sabe dónde está Artenara? Vaya a Artenara. Hay un balcón desde donde se ve una naturaleza inolvidable. ¿Cuántos planos desde el rojo hasta el violeta? ¿Desde el gémuli hasta el cárdeno? Y las formas caprichosas: Roque Nublo, el Fraile, las Monjas. Artenara es un pueblo de cuevas. Hay cuevas limpias y confortables: con sus macetas de verodes, de lengua de vaca, de orobal. Sobre la alacena con su bernegal y su destiladera, hay bubangos, helechos y culantrillo tierno. Unos amigos le dejaron una cueva limpia y cómoda. Allí el dialectólogo trabajó. Su informante era un hombre alto, medurado en sus gestos, pulcro en su decir. Tenía catorce hijos y sus palabras se enunciaban con la dignidad con que habla un moralista. No. Porque los moralistas no saben del sufrimiento de los hombres y se hacen agrios, impertinentes, inhumanos de tanto manejar abstracciones. Aquel hombre de Artenara tenía el decoro de ser Hombre. Ni protesta, ni sumisión. La medida de su responsabilidad y el amor al trabajo bien hecho, aunque el trabajo —¿y esto es

trabajo?— fuera hablar con un dialectólogo que preguntaba, que grababa, que dibujaba el arca del dormitorio, que retrataba el goro de la baifa, que siempre estaba dale que le das. En la cueva no había luz y el dialectólogo aún pudo leer con la vela; después, ni eso. Bueno, hasta mañana. No, hasta otro día. Mañana me iré pronto, la guagua de Valleseco sale a las seis. Se oyeron ruidos; eran ruidos suaves, ensordidos, como si pusieran un felpudo blando a cada pisada. No, no. Nunca han despepitado a un dialectólogo. Había que seguir durmiendo. Caballero, van a ser las cinco. El dialectólogo dio un respingo. Sin luz, hizo como que se lavaba, se atusaba el pelo y salió del cuarto con la mayor dignidad posible. ¿Qué hace usted aquí? Ya ve, me levanté a despertarle y no está bien que un cristiano se vaya en ayunas, y le preparé un buchito de café.



ULISES no mentía tanto como han dicho. Sus naufragios fueron de verdad. ¡Tantos hombres se salvaron agarrados a una tabla! Y alguno se salvó sin tabla ni nada, porque san Ulises también ha existido. ¿Que ha existido san Ulises? Pues, ¿adónde vamos a parar? Por esa si que no paso y le escribo al Concilio Vaticano Segundo para que lo tachen. Mire usted, hace rato que le dije que los griegos mataron la poesía. Ahora vamos a acabar con las poesías. ¿Y luego qué? Yo me imagino a san Ulises con unas manos grandes —mullidas, flotantes—, con una camisa amplia sobre la que los vientos flamean, con unos labios dulces para besar en los ojos. Me lo imagino así desde un día en que le di las gracias por haber salvado a mi informante de Barlovento. Ahí está, en un puntito que se llama LP 2. Allí, en el *Atlas*, hay una espeluznante historia de valor y de patriotismo. Eran los días negros en que se hundió la comandancia militar de Melilla. Se volvió. Se empezó con fortuna en Alhucemas y se siguió. Pero ahora nos quedamos en Alhucemas. El dialectólogo ha ido de Tetuán a Melilla. Cuando el dialectólogo iba, la carretera era

larga. Se pasaba por Ketama y por Targuist, por Axdir y por Tafersit. La carretera iba orillando la costa. El cielo estaba limpísimo y el mar era azul, tan azul como sólo ha visto en Peñíscola o en Santa Lucía de Nápoles. Al doblar un recodo, se levanta un peñón de blanco hiriente. Un genio del bien alzaba su mano con aquel regalo que surgía impoluto de las aguas. Tal vez estaba Venus bañándose detrás de él. O Simbad venía en vuelo y tenía que dormitar un poco. Eso era cuando el dialectólogo vio Alhucemas manchar de blanco el azul de las aguas. Tienes que llevar este parte al otro campamento. Si los moros te descubren, te lo tragas. Si te van a coger, te tiras al mar. Nadie tiene que saberlo. El soldado de Barlovento empezó la peregrinación y había moros en la costa. (Te lo tragas y al agua.) El soldado de Barlovento se tragó el parte y se tiró al mar. Durante ocho horas estuvo nadando. Primero, la emoción de la huida; después, la ansiedad por bracear; más tarde, flotar. Sí, flotar. Ya sabe usted que, en el mar, lo primero que se pierde es la vista: el sol reverbera sobre el agua y la sal... Se va haciendo como de noche; luego, todo queda a oscuras. Yo nadaba y nadaba y nadaba. Por la tarde me recogieron. Eran soldados españoles y los moros se habían escapado. Yo, ya usted sabe, me tragué el parte y me eché al agua. Sí, sí, la vista me volvió. Al cabo de unos meses me dijeron muchas cosas. Al campamento vino el General Primo de Rivera y delante de todos me puso una medalla. Era, ¿sabe usted?, por el parte. Muchacho, pide lo que quieras

que España te lo dará. Yo qué le iba a pedir, si siempre he sido pobre. Pero pide algo. Bueno, pues que me hagan farero de Barlovento cuando la plaza esté libre. Pues no, se les debió olvidar; claro, tanto moro, tanto parte, tanta guerra. (Trabajamos en un cuarto alto, encima de la taberna. Por la ventana entraba el salitre del mar y los ojos se prendían en las hojas carnosas de unos ñames. Sobre la pared, caparazones de crustáceos y una rubia opulenta en un cartel con beba usted lo que más asco le dé. El hombre estaba medio ciego; no, no, no me canso, hablar de la mar me gusta mucho. Distingo el bocaduz, de la tintorera, de la gata y del hanequín. Sé hacer tollos con el cazón a tiras y poner viejas en salmuera. Pregúnteme, pregúnteme, ahora ya estoy solo y no tengo prisa por volver a casa).



ULISES aprendió mucho en sus viajes. También Cervantes. Uno que no es nada ni nadie, aprovechó peor la lección, pero acaso le quedó algo. Fue aprendiendo que el recuerdo es tenaz, más que el hombre que lo engendra; que la naturaleza es dura, pero también se puede dominar; que Séneca no conoció las Islas, porque entonces —tras ir al hombre— no hubiera vuelto a sí mismo enemigo del hombre. Todo esto pudo aprender el dialectólogo. Todo esto es lo que le enseñaron las tierras y los hombres de las islas. Y ahora, cuando recuerda lo que debe a Canarias, se da cuenta que está con una deuda, grande, grande, grande. Porque aquí aprendió una limpia lección de humanidad y de patriotismo.

Los dibujos que ilustran este volumen pertenecen al *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*. Su autor es
JULIO ALVAR

- el *Romancero de Lanzarote*.
(Publicado.)
5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado.)
 6. Agustín Espinosa: *D. José Clavijo y Fajardo*. (En prensa.)
 7. José Pérez Vidal: *Poesía Tradicional Canaria*. (Publicado.)
 8. Manuel Alvar: *Estudios Canarios*. (Publicado.)
 9. José Batlló: *Una Historia de Amor*. (Publicado.)
 10. Rafael Guillén: *Amor, acaso nada*. (Publicado.)
 11. Ruth Schmidt: *Cartas entre dos amigos del Teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*. (Publicado.)
 12. Saulo Torón: *Poesía*. (Publicado.)
 13. Pedro Perdomo Acedo: *Elegía del Capitán Mercante*. (Publicado.)
 14. Jesús María Godoy: *Sobre el Camino*. (Publicado.)
 15. Lázaro Santana: *Recordatorio USA*. (Publicado.)
 16. M. Alvar L.: *Niveles Socio-Culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*.
 17. Chona Madera: *Los contados instantes*.
 18. Enrique Ruiz de la Serna y Sebastián Cruz Quintana: *Prehistoria y protohistoria de Benito Pérez Galdós*.
 19. Julio Alfredo Egea: *Cartas y Noticias*.
 20. Pedro Perdomo Acedo: *Luz de Agua*.
 21. Angel Acosta: *Antología*.
 22. W. Shoemaker: *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*.
 23. Manuel Hernández Suárez: *Bibliografía Galdosiana*. Tomo I.
 24. Alonso Quesada: *La Umbría*.
 25. Sebastián de la Nuez Caballero: *Introducción al estudio de la «Oda al Atlántico»*.
 26. Carlos Alvar: *Encuestas en Playa de Santiago*.
 27. Manuel Alvar: *Islas Afortunadas*.

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



471199

BIG 860-3 ALV isl

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado.)
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación.)

(sigue en la contrasolapa)

MANUEL ALVARO
ISLAS
CANTONADAS

B
86
A